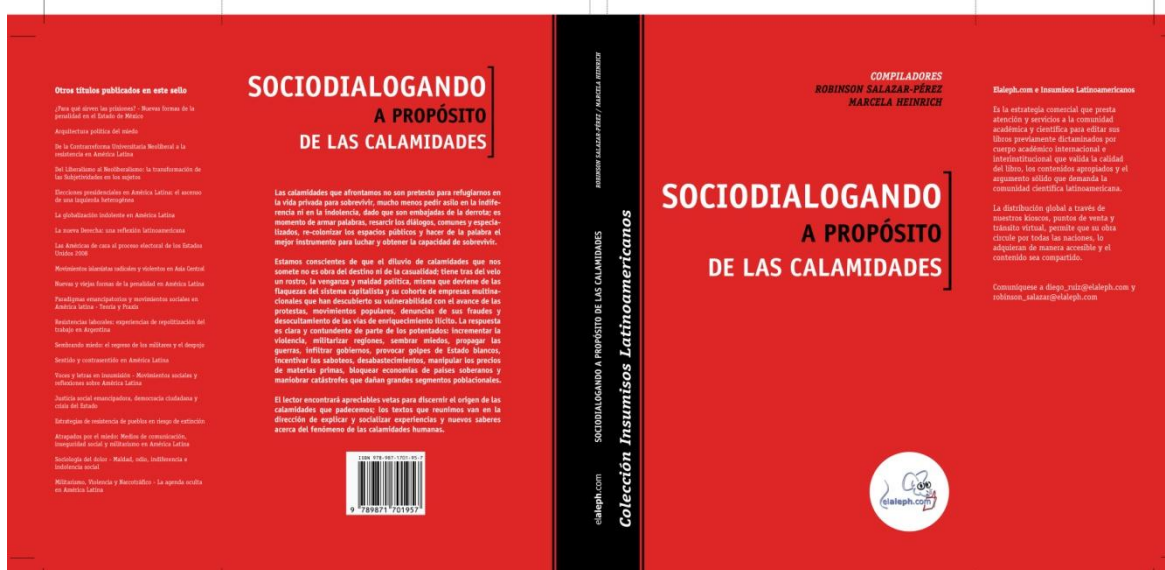


Sociologando a propósito de las calamidades

Colección Insumisos Latinoamericanos

Buenos Aires, Argentina
ISBN 978-987-1701-95-7
360 páginas



Tal el título de la presente compilación dirigida por Robinson Salazar-Pérez y Marcela Heinrich y que tengo el honor de prologar—, transita por diversas realidades nacionales y regionales latinoamericanas, centrándose específicamente en situaciones sociales que son tipificadas de modos diversos, aunque principalmente como *crisis* o *calamidades*. Por citar solo unos ejemplos, Hernán Fair analiza la implementación de políticas neoliberales en los años 1990 en la Argentina, y sus *calamitosos efectos*. Gonzalo Rojas expone las *crisis* institucionales y el fin de ciclo de los gobiernos “pos-neoliberales” en América Latina. Para el caso mexicano, Joselito Fernández Tapia también apela a la noción de *crisis* para preguntarse si este es el modo más adecuado de caracterizar a la situación que se generó al criminalizarse la protesta social, o en lugar de ello debe hablarse de consolidación de la democracia y la ciudadanía. Robinson Salazar-Pérez enfoca la cuestión de la emergencia y extensión del narcotráfico, describiendo el escenario conformado por los diferentes actores (tal

como la participación policial) como *calamidad*. Y José Luis Cisneros aplica la misma noción a la esfera doméstica, al dominio de la violencia intrafamiliar.

Crisis y calamidades son nociones que caracterizan situaciones sociales en las que campea algo inquietante, perturbador. Puede que sean empleadas como sinónimos. Existen otras palabras muy cercanas, que bien podrían sustituirlas para ciertas ocasiones: *catástrofe, desastre, cataclismo, hecatombe, debacle, ruina, flagelo...* Académicos de las ciencias sociales, agentes de los medios de comunicación, profesionales varios, políticos y funcionarios y, en definitiva, nosotros mismos en nuestras vidas cotidianas solemos apelar a estos términos (a todos o a algunos de ellos) para definir situaciones específicas, propias o ajenas, cercanas o lejanas desde un punto de vista temporo-espacial. ¿Acaso todas significan lo mismo? ¿Son efectivamente intercambiables?

Un primer paso puede ser el de buscar sus diversos sentidos en el diccionario, pero no solo indagando las definiciones reconocidas, sino también las *etimologías*. Son bastante sorprendentes. Por ejemplo, la palabra desastre proviene del provenzal, que a su vez deriva del italiano *disastro*, integrada por el prefijo negativo *dis-* y el sustantivo griego *ástron*, y en latín *astrum*, y significa literalmente “haber nacido bajo mala estrella”. Originalmente denominaba la disgregación de una estrella o cuerpo fulgurante observado en el cielo. Otra etimología interesante es la de la palabra hecatombe, que proviene del griego *hecatón*, que significa “cien” y *bous*, “buey”, “toro”, pues aludía al sacrificio de cien bueyes que hacían los griegos. Igualmente interesante es el caso de calamidad. El término, que se generalizó en el siglo XV, proviene del latín *calamitas*, a su vez de *calamitatis*, cuyo significado es “plaga” (recordemos que la “peste negra” había afectado a Europa en el siglo XIV, matando según diversas estimaciones a un tercio de la población continental). Justamente, el término “plaga” provenía del latín, y uno de sus significados era el de una lesión procedente del exterior, una herida o lesión más ancha que profunda, una llaga, pero fue asimilada en el siglo XIV a otro término latino: *flagellum*, cuyo significado literal es “látigo”. Las etimologías son fascinantes, pero ineficaces en la mayor parte de los casos, dado que, como sabemos desde Wittgenstein, los significados dependen de los usos contextuales. La historia de los conceptos (es decir, cómo emergieron, adquirieron

ciertos sentidos bajo determinadas condiciones sociales, mutaron y fueron apropiados por determinados saberes) puede ser iluminadora al respecto. Tal es el caso de la noción de crisis, analizada por el historiador alemán Reinhart Koselleck en *Geschichtliche Grundbegriffe*. Analizando la procedencia del vocablo (y la de “crítica”, con el que está relacionado) desde la antigüedad griega hasta la llamada Edad Moderna, Koselleck mostró que la idea de crisis involucra un concepto de enfermedad que presupone, por ende, una noción de salud que debe ser recuperada, o que se ha perdido para siempre, indefectiblemente, se encamina a la muerte. Estos sentidos afectarían los usos del vocablo en los campos de la política, la economía y la historia, constituidos más tarde en los siglos XVIII y XIX. En consecuencia, todas estas nociones son usadas bajo ciertas condiciones en ciertas circunstancias para tipificar determinadas situaciones.

Estamos acostumbrados a pensar que los eventos que reciben la caracterización de *crisis*, por caso, exigen una justificación; es decir, demandan que explicitemos por qué se tratarían de *crisis*. Por ejemplo, para responder a este requerimiento muchos macroeconomistas medirán la tasa anual del Producto Bruto Interno durante un periodo sobradamente extenso, y si resulta en baja, concluirán que estamos en presencia de una crisis recesiva. Una vez efectuado esto, solo parece restar explicar la etiología de la crisis, esto es, cómo se generó y cuáles son los modos de superarla. Sin duda, expertos como los economistas o los politólogos necesitan describir o caracterizar determinadas situaciones sociales como *crisis*, del mismo modo que también lo requieren los historiadores, los psicólogos, los médicos (forjadores de este concepto en la Grecia de los siglos V a IV AC). Desastres, catástrofes y calamidades han seguido un destino similar; los dos primeros, más usados para identificar procesos de destrucción provocados por la acción de fuerzas naturales (terremotos, huracanes, inundaciones), o donde ha mediado la acción humana (como los efectos de intervenciones tecnológicas, uso de plaguicidas y otras formas de contaminación, como los escapes de radiación). Y en los tres casos (y especialmente el tercero), para denominar así a guerras, hambrunas, masacres, entre varias otras situaciones posibles. Si la identificación de la realidad es uno de los momentos necesarios (este recurso de categorización hace posible formas de intervención para responder al *estado de*

emergencia que inevitablemente conllevan estas situaciones), la pregunta ineludible es si un programa de estudios sobre *eventos críticos* (tal como los denominó Veena Das) o catastróficos (según Stephan Feuchtwang) debe apelar a estos usos de *crisis* o *calamidad* (o cualquier otra noción vecina), o acaso le espera una tarea diferente.

No existe, por cierto, un solo modo de interesarse por las *crisis* o las *calamidades*, y en general solemos apelar a varios de estos intereses simultáneamente. El primero y seguramente más exigido procede de la urgencia de la denuncia, de la obligación moral y política de poner al alcance de todas las miradas aquellos eventos en los que existen pruebas de cómo algunos seres humanos producen daño, muerte, destrucción, sufrimiento prolongado y aflicción sobre otros. El periodismo a través de los medios masivos de comunicación, diversas asociaciones no gubernamentales u organismos religiosos son, entre otros, los principales actores que intentan dar a conocer estas diferentes situaciones, impulsar la indignación pública y hacer un llamado a las conciencias para modificar el estado de cosas, algo sin duda crucial si queremos vivir en otra clase de mundo que el que nos toca diariamente.

Pero por otro lado, también las ciencias sociales han desarrollado desde hace mucho tiempo un especial interés por estos eventos (por caso, *Man and Society in Calamity* de Pitirim Sorokin de 1942, o el artículo "The Concept of Cultural Crisis" de David Bidney de 1946), interés incrementado en los últimos años. Hay dos preocupaciones básicas que han caracterizado estos estudios. La primera de ellas está centrada en cómo se gesta o produce un evento de esta índole, es decir, cómo una situación que es definida en tanto "crisis", "calamidad", "catástrofe", etc. devino como tal. La segunda está dirigida hacia las respuestas de las poblaciones ante estas situaciones, a entender los variados modos en que individuos y conjuntos sociales actúan ante el advenimiento de crisis, calamidades, catástrofes. En tanto disrupciones, los conjuntos sociales deben afrontar dos cuestiones estrechamente vinculadas: por un lado, el desgarramiento del tejido social; por otro, el quiebre de la continuidad asumida como previsible. Como lo señala Piotr Sztompka, estos eventos deben analizarse en el marco más amplio de los procesos de cambio y en el modo en que los mismos son inscriptos en sistemas de interpretación cultural, en lugar de verlos como anomalías o desviaciones (que también necesitan generarse como tales a partir de

actos interpretativos). El problema de investigación inmediatamente derivado es cómo las relaciones sociales regulares, una vez disueltas, pueden ser restituidas bajo antiguas o nuevas formas; y cómo la inauguración de un tiempo imprevisible, donde el futuro es inconcebible, donde solo existe un presente crítico sin señales de resolución bajo alguna forma, vuelve a hacerse imaginable. Muchos de los estudios se han orientado a entender los modos diferentes en que los conjuntos sociales tratan de hacer inteligibles los acontecimientos disruptivos, y en especial a aquellos aspectos que entrañan sufrimiento, pérdida y dolor. La sociología de la religión, tal como fue desarrollada por Max Weber, ha brindado una vía inspiradora para constituir una agenda de trabajo orientada a entender el papel que ha jugado la religión (o algunas de sus expresiones históricas) como modo de lidiar con el sufrimiento; tal ha sido el camino emprendido por Veena Das y en especial Michael Herzfeld, quien abordó las decepciones y frustraciones cotidianas de los ciudadanos ante las burocracias estatales contemporáneas mediante la noción de teodicea secular. A su vez, una parte mayoritaria de los estudios sobre memoria colectiva ha tenido como punto de partida el abordaje de eventos críticos, en los que hay implicado un problema de justicia y reparación (como en los estudios sobre masacres, genocidios, deportaciones, violencia terrorista, etc.); pero al mismo tiempo, otras investigaciones se han concentrado en el modo en que se constituyen nuevas historias nacionales, se reformulan o crean nuevas genealogías, nuevos panteones de héroes y nuevas formas de culto a los antepasados, como lo ha hecho Katherine Verdery para entender la conformación de nacionalidades y la exaltación étnica y religiosa en Europa del Este tras el colapso de la Unión Soviética.

Como es posible advertir, esta breve e incompleta revisión de una agenda de estudios sobre calamidades y crisis pone de manifiesto su inmensa importancia desde el punto de vista de las ciencias sociales. Hago especial hincapié en esto porque resulta imprescindible desplegar, expandir y diversificar agendas de este orden en América Latina. Ciertamente, un número mayor de investigadores se ha volcado con entusiasmo a este campo y en forma incipiente el tema se va incorporando a las mesas de los congresos científicos de la región. Como señalaba en el párrafo anterior, quizá el problema de este desarrollo más tardío en nuestra región pueda deberse a que

muchos de los fenómenos que podrían ser abordados en tanto eventos críticos o disrupciones sociales fueron incorporados en décadas anteriores a otras agendas de investigación, como los estudios sobre memoria colectiva. Pero más que discusiones terminológicas o pertinencias disciplinarias, lo que resulta significativo resaltar es cómo ciertos fenómenos pueden ser estudiados a partir de nuevas preguntas; y cómo las mismas (y los enfoques elaborados al respecto) permiten la incorporación de nuevos fenómenos a un espacio de investigación común. *Sociodialogando...* expresa esta pretensión renovadora de nuestros saberes sociales en Latinoamérica, participando del esfuerzo por instalar y dar visibilidad a un campo de estudios en plena formación. Mi gratitud para con Marcela y Robinson no solo por invitarme a pensar sobre nuestras comunes pasiones intelectuales, sino también por poder caminar juntos en la tarea de construcción de un campo de estudio que nos pide lo mejor de lo posible de nuestra capacidad como científicos, y el máximo de nuestra sensibilidad y actitud crítica.

SERGIO EDUARDO VISACOVSKY

seredvisac@gmail.com

sergio.visacovsky@ides.org.ar

Ph.D. en Antropología (Universidad de Utrecht, Holanda, 2001), y graduado en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires, 1987). Director del Centro de Investigaciones Sociales (CIS), Unidad Ejecutora dependiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Investigador Independiente del CONICET. Es Profesor en la Maestría de Antropología Social del IDES y del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de General San Martín, Provincia de Buenos Aires, y en el Doctorado y Maestría de Ciencias Sociales del IDES y la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ha sido Profesor Invitado en instituciones académicas nacionales y extranjeras.

Ha estudiado el modo en que las formas colectivas de experimentar el pasado político participan de la conformación de campos académicos, profesionales e intelectuales (particularmente, la psiquiatría, el psicoanálisis, la psicología y la

antropología social en la Argentina). A su vez, se ha interesado por los problemas epistemológicos y metodológicos de la antropología y el trabajo de campo etnográfico. Actualmente, sus investigaciones están centradas en las prácticas e interpretaciones de la clase media de Buenos Aires en relación con la crisis económica desencadenada en diciembre del 2001. Especialmente, sus intereses se centran en el estudio de la elaboración de experiencias críticas, el comportamiento de pequeños y medianos inversores financieros en contextos de alta inestabilidad, y en las definiciones de la clase media como identidad social.